

1920. FRANCISCO PÉREZ DOLZ Y LA HISTORIA DE UN APUNTE

Mucho se ha escrito sobre la llamada “edad de plata”, aquellos años brillantes en los que El Espinar – en especial San Rafael- acogió a intelectuales y artistas de la talla de Gonzalo Menéndez Pidal o Rafael Alberti. Sin embargo la relación de aquellos grandes espíritus que hallaron su inspiración entre estos pinos quedaría forzosamente incompleta si olvidásemos mencionar a quien, seguramente, fue el primer gran pintor que sacó sus óleos y supo plasmar con ellos la luz de este rincón de Castilla.

En el año de 1920, cuando una Europa en paz se mostraba optimista y en España florecían las artes con una fecundidad inaudita, la familia de Francisco Pérez Dolz, por entonces profesor de la escuela de Artes y Oficios de Madrid, veraneaba en El Espinar como muchos otros capitalinos de buen pasar, entre tertulias al fresco, lecturas amenas y paseos por el monte.

Compositor, pintor, ensayista, ilustrador...

La creatividad desbordante del castellonense Francisco Pérez Dolz (1887-1958) le llevó a lo largo de su vida a probar suerte –y encontrarla- en todos los campos del arte, nada dejó de experimentar y quizá sea esa asombrosa diversidad en su obra lo que la ha relegado injustamente en grueso libro de la historia del arte.

Él se definió como “un músico aficionado a la pintura” porque su genialidad sólo fue superada por su humildad y sencillez, pero los datos no mienten: como compositor fue autor de un poema sinfónico y abundante música religiosa y coral así como del libreto de una ópera –“La Espigadora”- estrenada en el Liceo de Barcelona en 1927. Fue crítico de arte en La Vanguardia y llegó a publicar más de veinte ensayos científicos –teoría del arte, del color, nuevas técnicas decorativas...- relatos, teatro y hasta una deliciosa novela corta de ciencia ficción – no le faltó nada-. Brilló en las artes plásticas como pintor de prestigio y especialmente como ilustrador, dando a la imprenta imágenes maravillosas para obras de Gabriel Miró y narradores y poetas de su tiempo, asumiendo la estética de un inspirado modernismo. Tampoco la cerámica y otras artes aplicadas le fueron ajenas. Su creatividad no quedó encorsetada en las “bellas artes oficiales” de modo que, deseando hallar nuevos campos de expresión, viajó por toda Europa quedando deslumbrado por la técnica del “batik”, un tipo de impresión de tejidos originaria de Asia que estudió en el museo de arte colonial de Harlem (Holanda) y que introdujo en España desde sus cátedras de Madrid y Barcelona.

Se dice que la genialidad de un pintor no radica en la destreza de su mano sino en la sensibilidad de su mirada. El 11 de septiembre de 1920 la familia del artista presenció la bajada del Cristo del Caloco desde su ermita. Ya entonces la devoción centenaria de los espinariegos convivía con la curiosidad y el respeto de los visitantes. Justo cuando la Santa Imagen ascendía hacia el portalón, el pintor supo dejar a la espalda el exotismo de los pinos y las cumbres, volver la vista y captar la sobria espiritualidad que hallara poco antes Zuloaga. La Castilla sedienta, los pendones flameando al viento lanzando su oración callada, la cruz, el rojo faldón y, en la lejanía, el cerro y el camino. Francisco Pérez-Dolz abrió su caja de óleos y allí mismo, sentado sobre una piedra, plasmó la escena en un simple cartón y con apenas unas pinceladas incluyendo en primer plano a sus familiares, con su esposa protegiéndose del sol bajo una sombrilla de encaje.

Alguien tomó una fotografía de aquel preciso momento: él pinta, dos chicos otean el horizonte viendo cómo llega la procesión, las mujeres sonríen y una pequeña niña, ajena a todo, mira con curiosidad a su padre.

Seguramente este humilde apunte sea el primer cuadro – dentro de su sencillez- que refleje esta tradición ofreciéndonos una imagen viva y sorprendente que, casi un siglo después, se repite sin más cambio que el atuendo de los devotos y el asfalto del antiguo camino. La luz, el sentimiento, el aire transparente y el campo majestuoso en su pureza siguen siendo los mismos. Pueden existir fotografías más antiguas, pero nada comparable a la viveza y el colorido de la paleta de un artista.

La familia del pintor conserva este pequeño cartón de apenas 30x40 cm. y ha tenido la gentileza de permitirnos su reproducción junto con aquella hermosa instantánea. Podríamos decir que se trata de un particular antecedente de nuestro prestigioso certamen de pintura rápida, pero con muchas décadas de adelanto.

Recomendamos vivamente la visita a la página (<http://www.perez-dolz.org>) que recopila su obra y su legado -incluyendo el texto de su curiosa novela- para llegar a conocer a este hombre del renacimiento que quizá se equivocó de siglo.

Promesa cumplida

Pero la pequeña historia del cuadro tiene una segunda parte, emotiva y curiosa.

La esposa del artista, Irene Riba, se encontraba embarazada en aquellos días de septiembre. La niña que debería haber nacido en Madrid al regreso del veraneo parece que lamentaba no poder respirar el aire serrano y decidió adelantar su llegada al mundo. La segunda hija del artista vio la luz antes de lo previsto naciendo en El Espinar sólo cinco días después de haberse pintado el cuadro.

La madre hizo voto al Cristo de regresar a su ermita para agradecer aquel nacimiento si la recién nacida superaba la niñez. Ella no pudo cumplir en persona su promesa pero años después sería la propia niña, ya una joven estudiante de bellas artes en Barcelona, la que aprovechó una visita de estudios a Segovia para –escapándose del grupo- reencontrarse con el Caloco.

Una vez más, el Cristo cumplió con creces y veló por aquella mujer que hoy, desde la sabia perspectiva de sus 92 años, comenta con ironía que en aquel lejano 1945 eligió visitar la ermita en vez del acueducto. Carmen Pérez-Dolz, después de toda una vida de docencia de las bellas artes, confiesa conservar su vieja partida de nacimiento firmada por el juez de paz del Espinar en 1920 y llevar en la cartera aquella imagen de Nuestro Señor que llegó al corazón de su madre un feliz día de verano.

Una imagen, un recuerdo, una promesa, todo encerrado en un marco y plasmado en un pequeño cartón. Así son las cosas grandes cuando la grandeza reside en la sencillez y la verdad. Mientras escribo estas líneas miro las fotos de mis tres hijos subidos en las andas, ojalá dentro de muchos años ellos puedan sentir tan sano orgullo como los protagonistas de aquella “primera instantánea” de la bajada del Cristo.